

—¡No sabía que eras tan aficionado a bailar!
—¿Cómo lo sabes?
—Porque hace más de quince minutos que ha dejado de sonar el altavoz.

Dib. PERALS.—Madrid.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)


Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 605. Habana

Agente exclusivo en Puerto Rico: D. Manuel Mocete Padilla (Ponce)

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142



PAPEL
DE
FUMAR

BAMBÚ



2- FUENTE
85

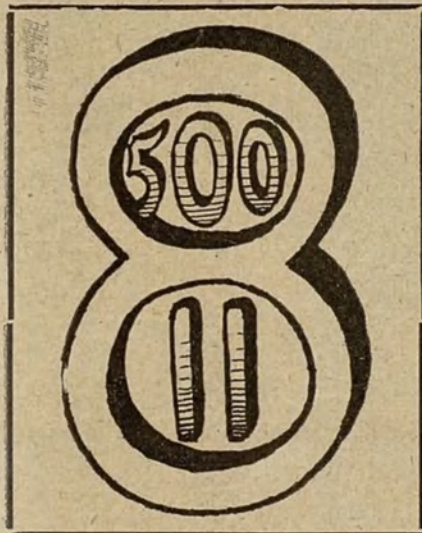
LOS FAMOSOS
POLVOS INSECTICIDAS
LEYER & COMP^a
SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA
CLASE DE INSECTOS



SECCIÓN RECREATIVA DE BUEN HUMOR

por DIEGO MARSILLA

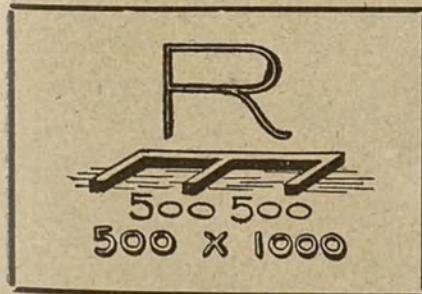
10.—Cuándo es la marcha?



11.—Para pescar.

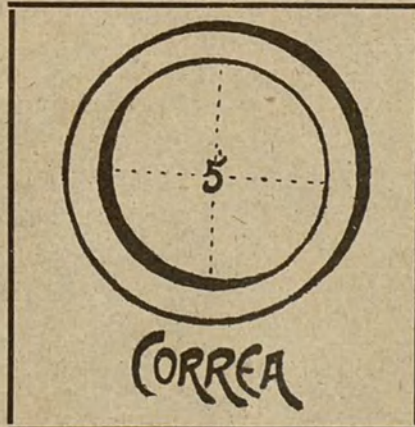
Recibidor Poeta

12.—De estrategia antigua.



**SOMBREROS
BRAVE
6·MONTERA·6'**

13.—Fué elegido presidente.



14.—Novela.

**505050
Desafia**

Cupón núm. 2

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASA-TIEMPOS del mes de noviembre.



FACIL EQUIVOCACION

Ella.—Anoche llegaste a la madrugada y cayéndote de borracho...

El.—Sufrió un error: no pude recordar si me dijiste: toma tres copitas y vuelve a las diez, o toma diez copitas y vuelve a las tres.

De El Nuevo Diario.—Habana.

TRICÓPILO ESTRAGUÉS

Usándolo dejará de caerle el cabello y hará que renazcan las hebras perdidas, excitando su vitalidad.—B. Estragués.—San Anastasio, 12, BADALONA.—De no encontrarlo en su perfumería, contra giro postal de 8 pesetas, lo remite el autor.

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGRONO

CLICHESse venden a precios módicos los
publicados en este semanario**AMADOR**

FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

Hotel EUROPA

Director: Rafael Alonso

ZARAGOZA

TAPASpara encuadernar
colecciones de**BUEN HUMOR**se venden en la Admi-
nistración de dicho
semanario.**LAXANTE****BESCANSA**

TRATAMIENTO

ORIGINAL

DEL

ESTREÑIMIENTO

PUEDE EN TODAS LAS FARMACIAS

HERNIASBragueros cien-
tíficamente.: J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO

de MADRID

Augusto Figueroa 8

AGENTE DE PUBLICIDAD
PARA**BUEN HUMOR**

EN CATALUÑA

Félix Verdún Daly

ROSELLO, 402 BARCELONA

CUPON

correspondiente al núm. 311 de

BUEN HUMORque deberá acompañar a
todo trabajo que se nos
remita para el Concurso
permanente de chistes o
como colaboración es-
pontánea.**CANAS**

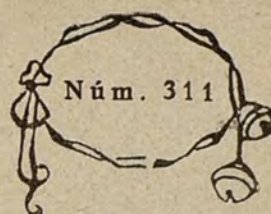
INVENTO MARAVILLOSO
para volver los cabellos
a su color primitivo.
Venta todas partes y
autor N. López Caro
Santiago; y Sucursal
de Barcelona, Caspe, 32,
donde se dirigirá la co-
rrespondencia Isla de
Cuba, pidase con el
nombre de Agua de Co-
lonia del profesor, N.
López Caro. República
Argentina, en todas par-
tes. ¡Ojo! Cuidado con
las imitaciones y falsi-
ficaciones.

SANTIAGO



—¿No sales este invierno?

—No, porque tengo que ir a pasar dos semanas con unos amigos en
el piso sesenta y ocho.



CHARLAS DOMINICALES



raíz del estreno de "La hija de la Dolores", hubimos de decirlo:

"El precedente puede ser fatal."

Y..., en efecto: ¡ahí está otro hijo, dándonos la razón!...

Don Juan Tenorio, el parroquiano de la "Hostería del Laurel", envidioso de la moza del "Mesón" de Calatayud, ha tenido, también, descendencia.

El burlador de Sevilla, como la burladora aragonesa, ha visto reproducida su figura en el Teatro.

"Mañana", o mejor dicho el "diablo" ha tenido un nene, apadrinado por Valle Inclán. (¡Camará, con el padrino!)

¡"El hijo de Don Juan" está en escena!...

Como temíamos, el precedente de "la Dolores" ha traído cola...

¡Y la que traerá, todavía! No hemos de tardar mucho tiempo en ver en las tablas a la cuñada de "Hamlet", al sobrino de "Otelo" o a la madre política de "Juan José"...

El truco es de los más socorridos que se conocen.

Se toma un arquetipo dramático, y... se le lleva a la Vicaría. Corridas las amonestaciones, se le casa; se le hace tener familia; se presenta al descendiente, con todas las heredadas máculas de su progenitor; y... ¡a cobrar, se ha dicho!

Hasta ahora no han salido a escena los parientes colaterales, ni los afines, pero todo se anudará.

Nosotros ya hemos empezado a escribir nuestro correspondiente "drama genealógico". Y tenemos puestas en él nuestras más rosadas esperanzas.

Se titula "El primer nieto de "Segis". Trátase de un

príncipe niño, nieto de "Segismundo", el protagonista de "La vida es sueño". El chico, que nace con *encefalitis letárgica* (influencia del título calderoniano), se queda, luego, dormido hasta en presencia de los "jazz-bands". Para él, la vida es mucho *más sueño* que para su abuelo. (Nos parece que el éxito que va a alcanzar este nene también va a ser *para su abuelo*.) En todos los movimientos psíquicos del muchacho se adivina la *ley de herencia*. El discolo nieto tira un gato por una ventana (¡cayó del balcón al mar!...); se enfurece con los palatinos; y de tal modo odia la Corte regia, que no hay quien le haga pasar por la "plaza del Rey", ni para ir

a "Price"... El dramita *se las trae*, en cuanto a asunto.

Y nada digamos de los versos que *larga* el niño en el primer acto:

"Apurar pretendo, ¡oh, cielo!,
metiéndome un berbiqui,
(*Hace además de taladrarse el cerebro*)
qué delito cometi
siendo nieto de mi abuelo;
aunque, en verdad, si soy lelo,
la culpa mía no ha sido,
porque si tonto he salido
culpa ha sido del autor,
cuyo delito mayor
está en haberme nacido..."

Tenemos descontada la *fiebre* que en el público van a producir estas estrofas.

¡Realmente, son *décimas de calentura*!... ¡El éxito es seguro!

Y en cuanto acabemos con este *nieto*, nos liamos (es un decir) con la sanguinaria suegra del rey Lear. ¡Ya lo verán ustedes! La *combi* no puede estar mejor pensada. Los *trimestres* nos van a durar mientras le quede un pariente a cualquier personaje célebre de la escena mundial.

Los héroes dramáticos están llamados a tener una abundante *sucesión*.

¡No crea Ofelia que cayó, en el lago, virgen y pura! El mejor día la cuelga un hijo natural cualquier autor al uso.

No será raro leer, si la manía sigue, esquelas de defunción del tenor siguiente:

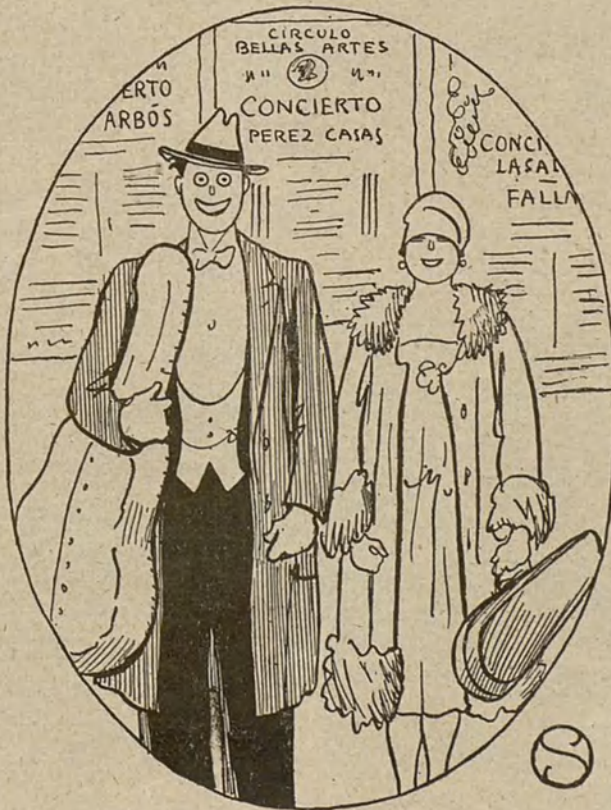
"La señora de "Otelo" (*née* Desdémona López) ha fallecido, a consecuencia de un mal de garganta.

"Su desconsolado esposo, hijos, hijos políticos, hermanos, sobrinos, primos y demás parientes, ruegan a ustedes la encomienden a Dios."

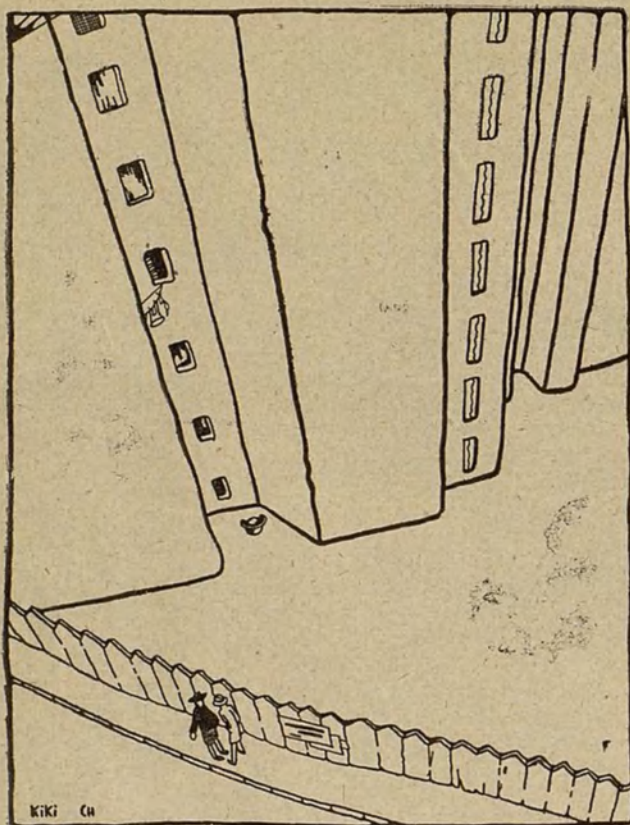
Y ¡adiós... poesía!

¡En fin, paciencia; y ustedes perdonen si nos retiramos por el foro!

¡Vamos a ver si planeamos algo sobre "la madre de Edipo"!... LUIS DE TAPIA

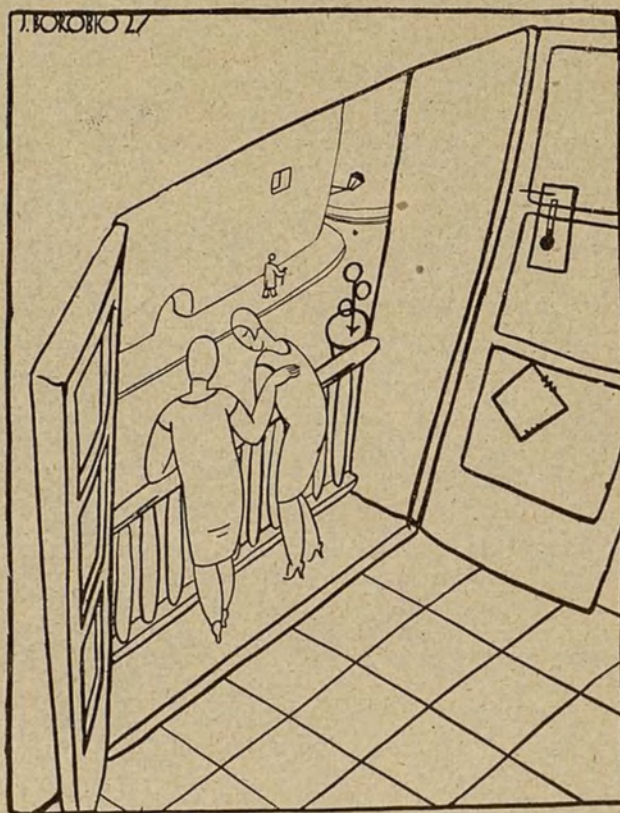


Dib. SILENO.—Madrid.



Dib. KIKI.—Madrid.

—Me ha gustado muchísimo su último libro.
—¿De veras?
—Sí. La portada es estupenda.



Dib. BOROBIO.—Madrid.

—Ahí donde le ves, ese hombre ha llevado detrás de sí millares de mujeres.
—¿Ha sido un don Juan?
—Ha sido maquinista de ferrocarril.

LOS HOTELEROS SE QUEJAN

Un popular diario de los Madriles, en el que las noticias vienen a miles, publicó ha pocos días un telegrama que he visto ayer en casa de cierta dama.

Dice el tal, aunque el hecho parece broma, que, no sé si en Chicago, París o Roma, se están quejando a coro los hoteleros de que sus parroquianas (que van ya en cueros), lo mismo las formales que las coquetas, les ponen con los labios las servilletas hechos mapas a fuerza de coloretos que el paño agujerean y le hacen siete. ¿Está bien que las damas el pelo tomen a quien vive comiendo de los que comen, si le manchan los paños, cuya blancura sufre con las señales de la pintura?

Yo me pongo en el caso del hotelero a quien cuesta el negocio mucho dinero y ve que las que tienen labios bonitos (y las que tienen feos los hociquitos), tras comerle los huevos y las chuletas,

le embadurnan y rompen las servilletas; y comprendo que tomen serias medidas evitando destrozos tras las comidas.

¿Servilletas de tela?... No hay que adoptarlas. De papel los fondistas habrán de darlas..., y después con las tales hacer cadenas para poner guirnaldas en las verbenas. O, si no, con lejía fregar las bocas que con minio se untaron las damas locas, antes de que comiendo huevos o setas restrieguen en sus labios las servilletas. ¿Dejarán de pintarse las modernistas para acallar las quejas de los fondistas?

¿Podrán, sueltos o juntos, los hoteleros verse libres de manchas y de agujeros? ¡Veremos qué medidas toma esa gente!

A mí me da lo mismo. Yo solamente, al mirar ciertos labios, grito a mis anchas:

—¡Quién fuera servilleta "con o sin" manchas!...

JUAN PEREZ ZUNIGA



La señora.—Qué mal andas de suela. ¡Y eso que estamos a principio de temporada!

El crítico.—Pues prepárame los zapatos nuevos que esta noche hay un estreno muy importante.

Dib. AREUGER.—Madrid.

Consultorio de BUEN HUMOR

MARIA CENOBIOSA. BADAJOZ.—Esa cosa triste y fenomenal que a usted le ha sucedido con su señor novio, no tiene por desgracia la novedad que usted se figura. Es una cosa que, como no está prohibida por los gobiernos, está pasando todos los días.

Y todas las noches.

Por lo tanto, no encontramos justificadas las lamentaciones de usted ni creemos que es el momento oportuno para que se desespere de esa manera.

¡Eso, antes!...

INOCENCIO FULASTRE. VALLADOLID.—Aunque nosotros no hemos sido agricultores en nuestra

vida, podemos asegurarle a usted que el mejor abono para las tierras de cultivo es la "pasta mineral catalana". Es decir, que si usted desea tener una buena tierra, no le queda a usted más camino que abonarla con dinero. Si no hace usted eso, se quedará usted sin tierra, a no ser que la herede de algún chiflado que le quiera dar a usted esa sorpresa. Pero no se haga ilusiones, que esto es lo menos frecuente y se lo digo yo, que lo sé por dolorosa y dilatada experiencia.

MATIAS ZURRIDO. BILBAO.—Sí, señor, existe en efecto un pez todavía más cruel y sanguinario que el tiburón. En las costas de la Pata-

gonia pululan traidoramente cerca de sus playas unos peces gigantescos y bastante carnívoros, que tienen la fea costumbre de comerse crudos a todos los niños salvajes de dos a seis años, que sus patagones padres dejan abandonados a la orilla del mar.

De aquí proviene aquella advertencia célebre que dice que los peces grandes se comen a "los chicos"...

LOLITA PEREÁ. MADRID.—¿Desea usted conocer un detalle de distinción masculina, realmente elegante y aristocrática?

Pues allá va el más gordo de que disponemos en nuestro disparatado archivo.

Los pollos "bien", los que verdaderamente pueden llamarse pollos "bien" por reunir todas las exquisiteces de la elegancia y todos los señores dones de la moderna cultura, son pollos "bien" a despecho de todo, contra todo, pase lo que pase y hasta la muerte.

Es decir, que un pollo "bien" ha de estar gravemente enfermo, herido de cuidado o moribundo, y sigue "bien".

De lo que yo me alegro una barbaridad, como es natural, dados mis buenos sentimientos.

JOSEFINA RUIBARBA. MADRID.—Los guardias de Seguridad ganan ocho pesetas y pico. El sueldo de los guardias de la porra no tiene, con respecto al otro, más que una ligera diferencia: que en vez de darles ocho pesetas y pico, les dan ocho pesetas y pito. ¡Esto último lo decimos sin necesidad, porque estamos seguros de que ya habrá llegado a sus oídos!

HELIODORO MONDRAGON. SALAMANCA.—Lo gracioso del pecado de Adán y Eva no es que fuese un pecado original, sino que fué original y en prosa, que es lo que usted seguramente no ha sabido hasta que hemos tenido la amabilidad de decírselo.

FRICOT

POLVOS NENS. Evita las escoriaciones. Excelentes para la piel. Venta en perfumerías, farmacias y droguerías

F.Betrian. Hospital 113.Barcelona



Dib. VIGIL ESCALONA.—Gijón.

Uno: Hace seis meses que estoy sin trabajar. Esto no puede seguir así.

El otro: ¡Bah! ¡el patrón hace sesenta y cinco años que no trabaja y ya lo ves...¡encantado!

LEONARDO FERNANDEZ. ALICANTE.—¿Con que usted tiene un mirlo que silba "El sobre verde"?... ¡Pues es un mirlo que tiene un buen gusto que atortola!

ENRIQUETA MENDANGO. MADRID.—Los hombres que faltan a su palabra son muchos por desgracia, y les solemos llamar informales y botarates.

Pero hay otros a los que les sucede lo contrario: que es su palabra la que les falta a ellos.

¡A éstos no les podemos llamar más que mudos! ...

Y en la triste seguridad de que aunque les llamemos como les llamemos, no nos contestarán en la vida.

FACUNDO MAESTRE. VALENCIA.—Para que no se meta usted en berenjenales catastróficos, voy a elaborarle a brazo las siguientes reflexiones:

La verdad y la mentira son cosas morrocotudamente circunstanciales.

Yo digo que le he atizado un abrazo a mi cocinera en el pasillo y es verdad.

Pero lo asegura mi mujer y es mentira...

¡Líos, no; y le aconsejo a usted que haga lo mismo; que ya lo habrá usted hecho sin necesidad de mis consejos!...

ROQUE CARRILLONGO. MADRID.—Aunque el poder satisfacer

su curiosidad nos ha costado un sinnúmero de estudios y de consultas que nos han fatigado hasta el desmayamiento, hemos conseguido al fin averiguar lo que usted deseaba.

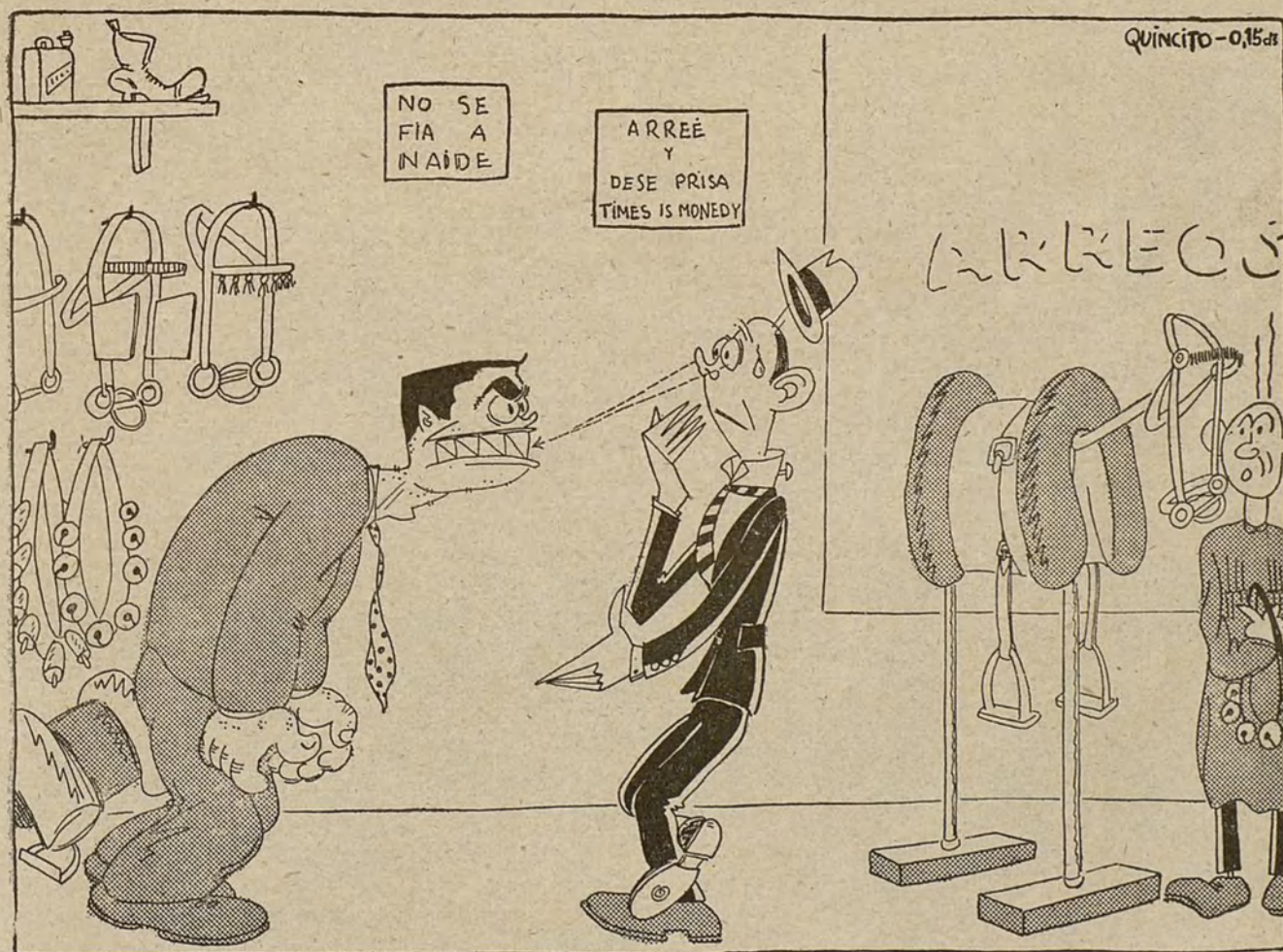
Véase el asunto.

En nuestra querida patria (que sigue siendo la más eminentemente agrícola del mundo) hay una clase de plantas que no se riegan casi nunca, y que la mayoría no se riegan nunca (¡quitaremos el casi, qué caramba!)

Y esas plantas, que viven admirablemente sin necesidad de ver el agua para nada, supongo que ya habrá usted adivinado cuáles son.

Son las plantas de los pies.

ERNESTO POLO



Dib. QUINCITO.—Madrid.

—¡He dicho que no le doy la cabezada ni la albarda por ese precio! ¡¡Y si se pone tonto le voy a tener que dar un bocado!!

Cantable de una zarzuela antigua

En estos tiempos de revista desatada y *piernográfica*, es labor meritoria el volver por los fueros de la clásica zarzuela española (generalmente traducida del francés). Y nada mejor para eso que recordar aquellos días en que estaban de moda los asuntos ingenuos y ligeramente pastoriles, las romanzas de amor, los dúos de ídem y los concertantes de lo mismo.

Hoy, que en materia de arte lírico somos todos unos réprobos contumaces, no comprendemos el encanto de un coro de murmuración. Y sin embargo, los coros de murmuración eran una de las cosas más brutalmente bonitas de las zarzuelas de buena cepa.

Precisamente estos días ha caído en nuestras manos un coro de esos, que no tenemos más remedio que trasladar a estas columnas para tranquilizar nuestra conciencia. Advirtamos que es el coro de murmuración más gramatical y más inspirado de aquella época y que, como verán ustedes, tiene la gracia por arrobas.

Dice lo que sigue, sin quitar punto ni coma:

TENOR COMICO Y CORO GENERAL

- Tenor.* La frutera que vive en mi calle
se casa mañana con un tabernero,
que además de muy rico es caballe...
- Coro.* Caballe..., caballe...
- Tenor.* Caballero de Carlos Tercero.
- Coro.* De Carlos Tercero.
- Tenor.* Aseguran que el novio se escama,
porque siempre se encuentra en la esquina
con un chico que es bizco y es cama...
- Coro.* Es cama..., es cama...
- Tenor.* Camarero de La Mallorquina.
- Coro.* De La Mallorquina.
- Tenor.* Este es guapo y el otro es muy feo,
y por éste se pirran las mozas;

pero, en cambio, el más feo, Mateo...

Coro. Mateo... Mateo...

Tenor. Tiene dos o tres fincas en Pozas.

Coro. Tres fincas en Pozas.

Tenor. La frutera aún está irresoluta,
sin saber lo que hacer todavía,
porque tiene otro novio ex diputa...

Coro. Ex diputa..., ex diputa...

Tenor. Diputado de la mayoría.

Coro. De la mayoría.

Tenor. Ya veremos mañana temprano
la salida que da la frutera
y por quién se decide, a no... a no...

Coro. A no... a no... a no... a no...

Tenor. A no ser que se quede soltera.

Coro. ¡A no ser que se quede soltera!

Tenor. Que no se quedará.

Coro. Me parece a mí que no.

Tenor. Porque se casará.

(Con malicia.)

Si es que ya...

Coro. (También con malicia.)

Si es que ya...

(Riéndose.)

¡Ya... ya... ya... ya!...

(Pausa breve.)

Todos. ¡¡Ya!!

¡Ja, ja, ja!

Tenor. (Pianísimo.)

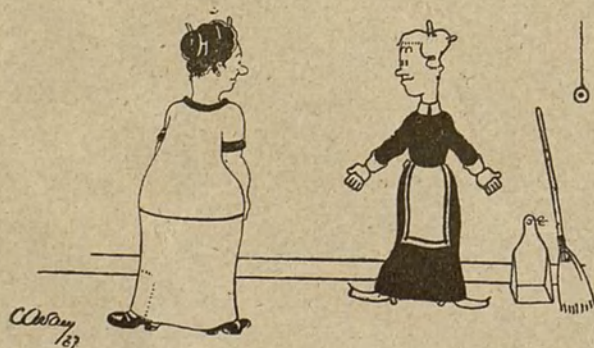
¡Si es que ya no se casó!

Coro. (Fortísimo.)

¡¡Si es que ya no se casó!!!

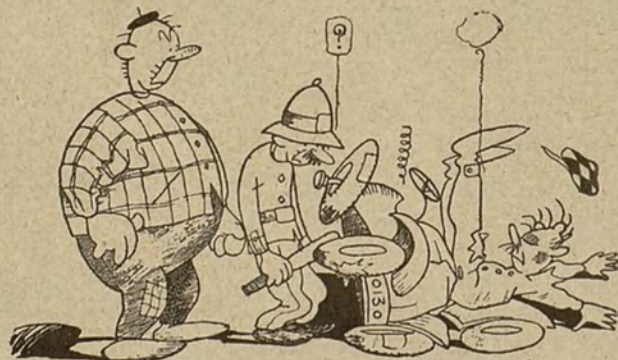
(Y se van todos por el foro, lentamente y rebatiendo cualquiera de las estrofas, por si el público no se ha enterado bien todavía.)

UNO DEL PUBLICO



Dib. CARTAU.—Madrid.

—¿No oye usted que la estoy llamando, Ruperta?
—Sí; pero como la señora me ha prohibido que la conteste...



Dib. ALFARAZ.—Madrid.

El gañán.—Es que me quiso atropellar, ¿sabe usted? Y yo... pues le di un empujoncillo al atomóvil.



El pez al pececito.—¡Reza un padrenuestro por tu padre, hijo mío, que acaba de subir al Cielo!
 Ayuntamiento de Madrid

Dib. SAMA.—Madrid.

CUARTA PAGINA DE MIS MEMORIAS AMOROSAS

LODO EN EL FANGO

(Entre los lectores de este cuento sortearémos próximamente un hermoso reloj de comedor y una bonita mesa camilla para invierno.)

En aquel tiempo yo era barón y vivía en la opulencia. Mi palacio estaba rodeado por una verja, y en las crudas noches de enero los pordioseros se detenían en la verja, se agarraban con trémulas manos a los barrotes y rogaban sollozantes una limosna.

Entonces yo les hacía apalear por mis criados, les soltaba siete perros de presa que tenía dispuestos para el caso y los feroces animales, en la noche nevada, perseguían a la turba de pordioseros hasta el límite de la provincia de Huesca. (Unos quinientos kilómetros).

Yo era feroz, sanguinario e inhumano.

En una ocasión maté un caballo, porque me dió una coz en el oído.

Otra vez, en una "panne" de automóvil, prendí fuego a la casita de unos honrados aldeanos, para arreglar el auto aprovechando la luz del incendio.

Y otro día, para poder pasar un río cuyas aguas habían arrastrado el puente, ordené que se sumergieran a cuarenta y tres de mis criados y atravesé el río pasando sobre los cadáveres de mis fieles servidores.

Después de ejecutar aquellos repugnantes actos de soberbia y feudalismo, me sentaba en el cenador de mi jardín, reunía a los criados supervivientes y les obligaba a contarme cuentos alemanes hasta el amanecer.

Este era yo en noviembre de 1916.

Y por noviembre precisamente conocí a Laureana. Dejarme que re-

cuerde... ¿La conocí por noviembre o la conocí por casualidad? Fué por casualidad, sí. Al volver del cementerio del Este, adonde iba todos los años para encerrarme en el panteón de tío Juliano y dirigir feroces insultos a la memoria de aquel hombre que no me había dejado nada en herencia, ví por vez primera a Laureana... y la amé.

Pero ¿cómo tengo el cinismo de decir que la amé si yo solo ansiaba la perdición de la dulce modistilla?

Varios días la acompañé desde el infecto taller donde se desojaba haciendo vainicas hasta su horrendo domicilio. Y digo horrendo, porque todo allí dentro lo era: desde los muebles, hechos con cartones y virutas de corcho, hasta los padres de Laureana, dos viejos presidiarios fugados. ¡Ay! Vivir en aquel hogar era vivir en el fango...

Laureana—alma pura y esterilizada—creyó pronto en mi fingido amor; y cuando yo besaba sus manos o zurcía sus pobres medias con "cotton perlé", ella tomaba aquellas falsas galanterías por sincero entusiasmo y me murmuraba:

—¡Tu amor me ennoblece y me eleva, Casiano mío!

Entonces, de un modo infame, una tarde de primavera la dije algo junto al pabellón auditivo. Y ella, roja como amapolita campestre, repuso:

—¡No, no, Casiano! ¡En mi casa somos honrados, aunque pobres!

Y como ella tenía poca imaginación, ya no la pude sacar de allí.

Mas mi intención era perversa; aguardé tres días; la compré seis ramos de violetas; la zurcí dos pares de medias más, y volví a hacerle aquella infame proposición que rechazara.

Laureana, que por lo visto lo había pensado mejor, contestó entonces:

—¡Te amo con fatigas!

Y se rindió en mis brazos cual fruto maduro.

Al día siguiente la abandoné y partí para mis posesiones de Guadalupe a entregarme a los goces de una existencia frívola.



Dib. HERREROS.—Madrid.

—Yo he sufrido mucho y me figuro que tú también habrás pasado bastante.

—Todo, menos un duro de plomo que tengo en el bolsillo hace dos años.

Pero ¿y no le decía nada la conciencia?, preguntaría.

Nada me decía. Mi conciencia tenía reacciones de piltrafa.

Yo era barón; *** yo era rico; yo estaba mimado por el gran mundo. ¡Pronto olvidé a la pobre obrerilla!

Pero ella no olvidaba, y su corazón todavía latía por el maldito hombre causa de su deshonra. Latía una vez y otra y otra... Cada día latía 86.400 veces y cada mes 2.592.000 veces. Y así transcurrió un año, durante el cual su corazón dió, en mi honor, 31.104.000 latidos. ¡Y yo seguía sin acordarme de Laureana!

Hasta que cierta noche de noviembre, al cumplirse el año exacto desde el día en que conocí a Laureana, yo estaba en mi palacio de la Castellana leyendo a Virgilio y a Fernández Flórez alternativamente (una línea de Virgilio y un libro de Wencesla), una línea de Virgilio y un libro de Wenceslao, etc.)

Y en aquel momento mi mayordomo me avisó de que una mujer suplicaba verme. Bajé al jardín—lívido bajo la luna y bajo la nieve—y allí, tirada en el suelo, con un recién nacido en brazos, harapienta y enferma, allí estaba... ¿quién diréis?, ¿a que no lo acertáis?

Yo os lo diré: ¡Laureana, la infeliz obrera!

—Es tu hijo, es tu hijo—gemía la desdichada poniendo ante mis ojos aquel niño tierno—. ¡Es tu hijo! Yo no pido nada para mí... ¡lo pido para él! ¡Oh, Dios mío! ¿No te da pena verme arrastrarme con él sobre la nieve? ¡Infeliz de mí! Soy lodo en el fango...

—Sí, Laureana—dije con voz firme—. Me da pena verte arrastrándote por la nieve. Pero tengo una idea.

—¿Cuál?—preguntó ella ansiosa.

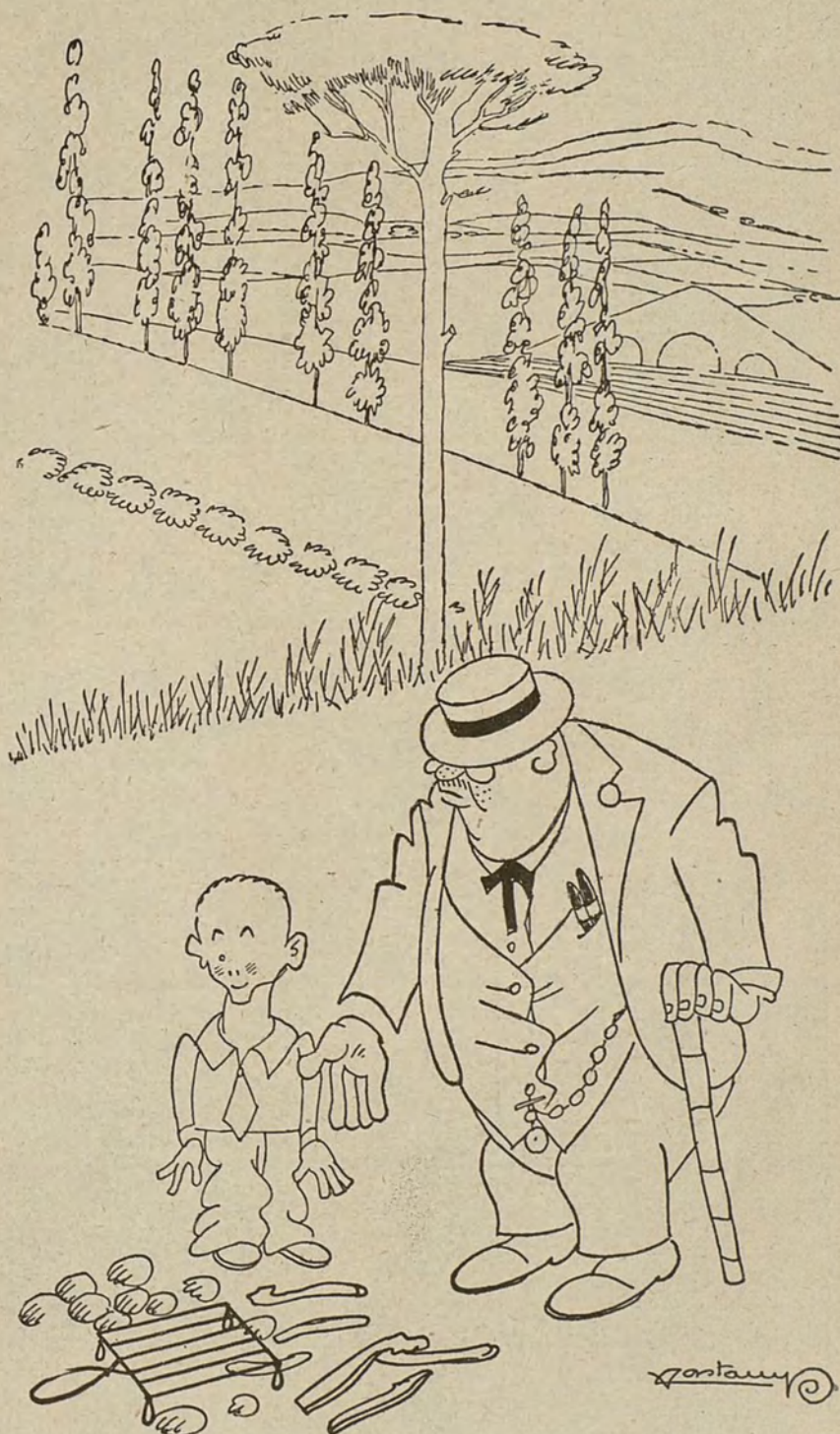
—Vuelve en julio—repuse—y te puedes arrastrar todo lo que quieras por el suelo sin que encuentres en él un solo copo de esta nieve homicida que ahora lo cubre todo.

Y al día siguiente partí para Italia.

No he vuelto a ver a la pobre Laureana, la sin ventura, "lodo en el fango".

Y el remordimiento taladra mi frente.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA
Lisboa, octubre.



Dib. CASTANY.—Barcelona.

INSTRUIR DELEITANDO.

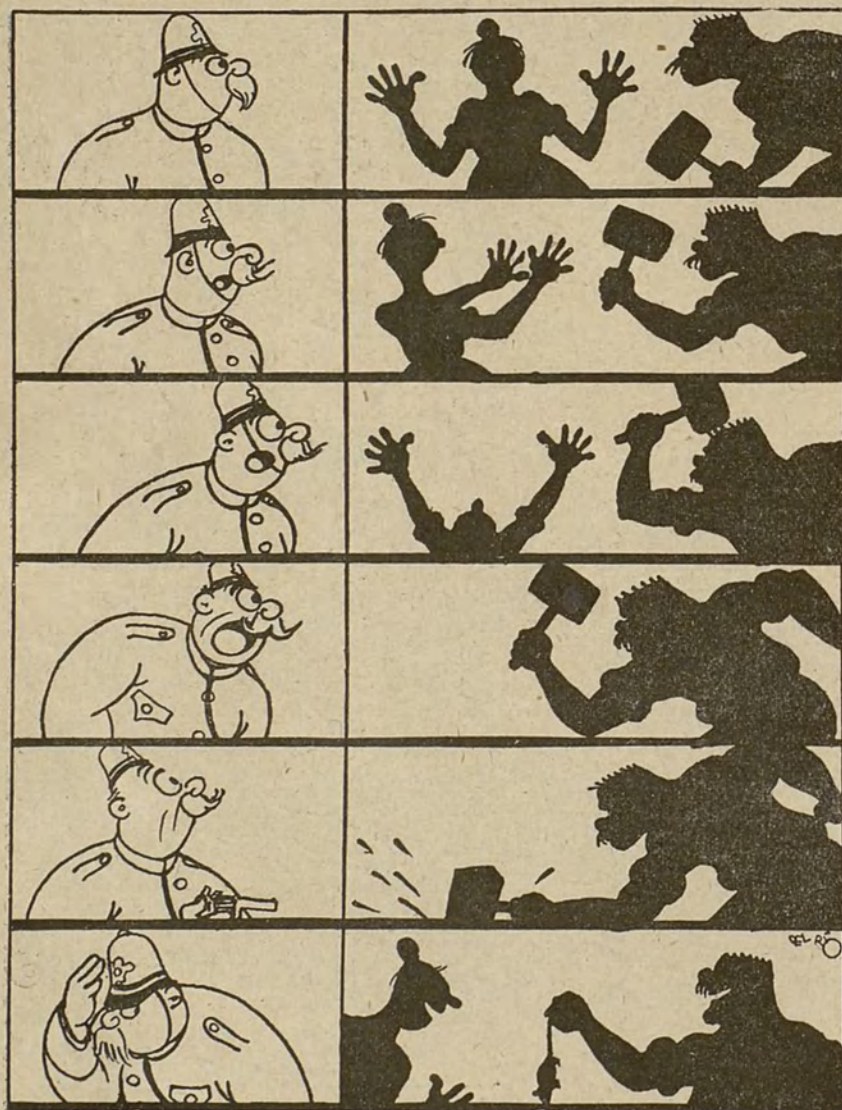
—¿Ves, hijo mío? Estos son los únicos restos que se conservan del martirio de San Lorenzo.

¡DOSCIENTAS DEL ALA!

Estoy como chico
con niñera nueva
(pues hoy los muchachos
ya no se embelesan
con unos zapatos
como en otras épocas);
estoy más alegre
que unas castañuelas
porque, en el concurso
abierto por esta
querida Revista,
mi trabajo premia
el jurado austero,

con lo cual demuestra
refinado gusto
y vista certera
para apreciar méritos
en obras maestras.
Mil gracias, señores,
por la gentileza
de empujar mi escrito
con tanta indulgencia,
no ya sólo al 100,
¡sino a las doscientas!
Voy a darme un pisto
del que no hay idea

(con bicarbonato
por si se indigesta)
y andaré por calles,
plazas y plazuelas
con tanto alborozo
como el alba aquella
en que D. Quijote
salió de la venta.
Mark-Twain a mi lado
es una chancleta;
Quevedo, en un simple
monocle se queda.
¡A mí no me tosen
esas eminencias
con el magno triunfo
que anoto en mi cuenta!
Por cierto, una duda
tengo, que me deja
suspense las veces
que medito en ella:
si eso es *triunfo*, ¿cómo
se explica que pueda
fallarlo el jurado...?
¡Y aun fué suerte inmensa
el que al mismo tiempo
no se le ocurriera
arrastrarme, cosa
posible... y tremenda!
En lo sucesivo,
quien hablarme quiera
ya puede comprarse
papel de a peseta
y hacer una instancia
conforme a las reglas;
si alguno me mira
con indiferencia,
pensaré que extático
mi genio venera
o, si es una chica,
la creeré ya muerta
por mis pedacitos
que lo suyo pesan,
y si un comerciante,
al darle mis señas,
pregunta: "¿Su *gracia*
de usted?" En respuesta
le diré con tono
de alta suficiencia:
"¡Pero usted no lee
BUEN HUMOR, so pelma?"



HISTORIETA MUDA, por Del Río

Barcelona.

MIGUEL A. CALVO ROSELLO

Después de este fallo,
¡a ver quién me niega
que aún hay rigurosa
justicia en la tierra!...



Dib. RAMÍREZ.—Madrid.

—¡Qué modosita es su hija! ¡Siempre con la vista baja!
 —¡Ca! No lo crean ustedes. Es que el otro día se encontró dos pesetas y por eso va siempre mirando al suelo.

¡Palabras, palabras y palabras!

Las afecciones epáticas suelen acarrear tristes consecuencias a los que necesitan viajar a menudo en "La carroza de tutti" vulgo tranvía 17, Puerta del Sol-Cuatro Caminos, ya por Hortaleza, ya por Fuencarral y a los que se alimentan en los restaurantes económicos. Estos infatigables consumidores de ruibarbo y agua de Solares están expuestos a planchas, de esas que se subrayan con redoble de tambor en los circos. Uno de ellos, el más combativo quizá, es Deogracias Santos Pérez, mi querido amigo de la infancia.

Deogracias padece del hígado desde que su madre, por traerlo a la alimentación sólida, le largó una noche de noviembre medio kilo de acíbar. A partir de este instante Deogracias, que posee una organización nerviosa perfectamente fascista, comenzó a gru-

ñir, a amarillear, a tener altercados con los porteros de la casa y a renegar de su esbelta sombra.

Hoy, a los sesenta cumplidos repetidas veces, Deogracias es portador de una piedra de ochocientos cincuenta gramos de peso, que lleva concienzudamente adherida al hígado, un cálculo Torres Quevedo, como si dijéramos.

Su marcha en compañía de semejante peso, ha sido y es una brillante e ininterrumpida serie de broncas: broncas en la calle, broncas en el teatro, broncas en la casa de baños, broncas en los cafés y restaurantes..., ¡sobre todo en los restaurantes! Templo de Heliogábalo que pisa Deogracias, tumulto inevitable.

La de hoy ha sido en "El Hartazgo", comedor mesocrático, en el que por 0,95 brindan al famélico peatón entremeses, seis platos—todos de hie-

rro—, pan, vino, postres, café, cigarro puro con sortija, digestivo y un disco de Sagi-Barba. El menú de hoy se componía, entre otras cosas, de "Bisté Lody George", "Merluza Poincaré" y "Espinacas con salsa de cangrejos".

Deogracias, que había ido engullendo entre denuestos e injurias al hosteiero los primeros platos del cubierto, al llegar a las espinacas con salsa de cangrejos, soltó una maldición terrible, dió un fuerte puñetazo en la mesa y rugió:

—¡¡Camarero!!

El camarero, acostumbrado a aquellas manifestaciones ruidosas de los parroquianos, acudió solícito y deferente al llamamiento de Deogracias.

—¿Desea el señor...?

—¡Esto es un asco, un verdadero asco!

—¿Se refiere el señor...?

—Estas espinacas pueden despa-
charse por pecacuana en cualquier farmacia.

—¡Oh, señor!...

—Y la salsa es una inmundicia y una burla.

—¿Burla, señor?...

—No ha visto los cangrejos ni desde la torre de un faro.

—Naturalmente.

—¡Cómo naturalmente, idiota!...

—¿No pone aquí espinacas con salsa de cangrejos?

—Cierto, señor.

—¿Entonces?...

—Pero aquí también pone "Bisté Lody George" y "Merluza Poincaré"—continuó el camarero señalando la lista del cubierto.

—¿Y qué?

—No creo que el señor se haya tropezado en estos platos con algún trozo del glorioso palítico inglés o del no menos ilustre presidente de la República francesa.

—¡¡!!

—Lo mismo ocurre con los cangrejos.

Y comenzando a recoger el servicio, el filosófico camarero valoró socráticamente el incidente.

—Es cuestión de palabras, señor; nada más que de palabras. Y las palabras, ya lo vemos, nada significan...

LUIS PIELTAIN

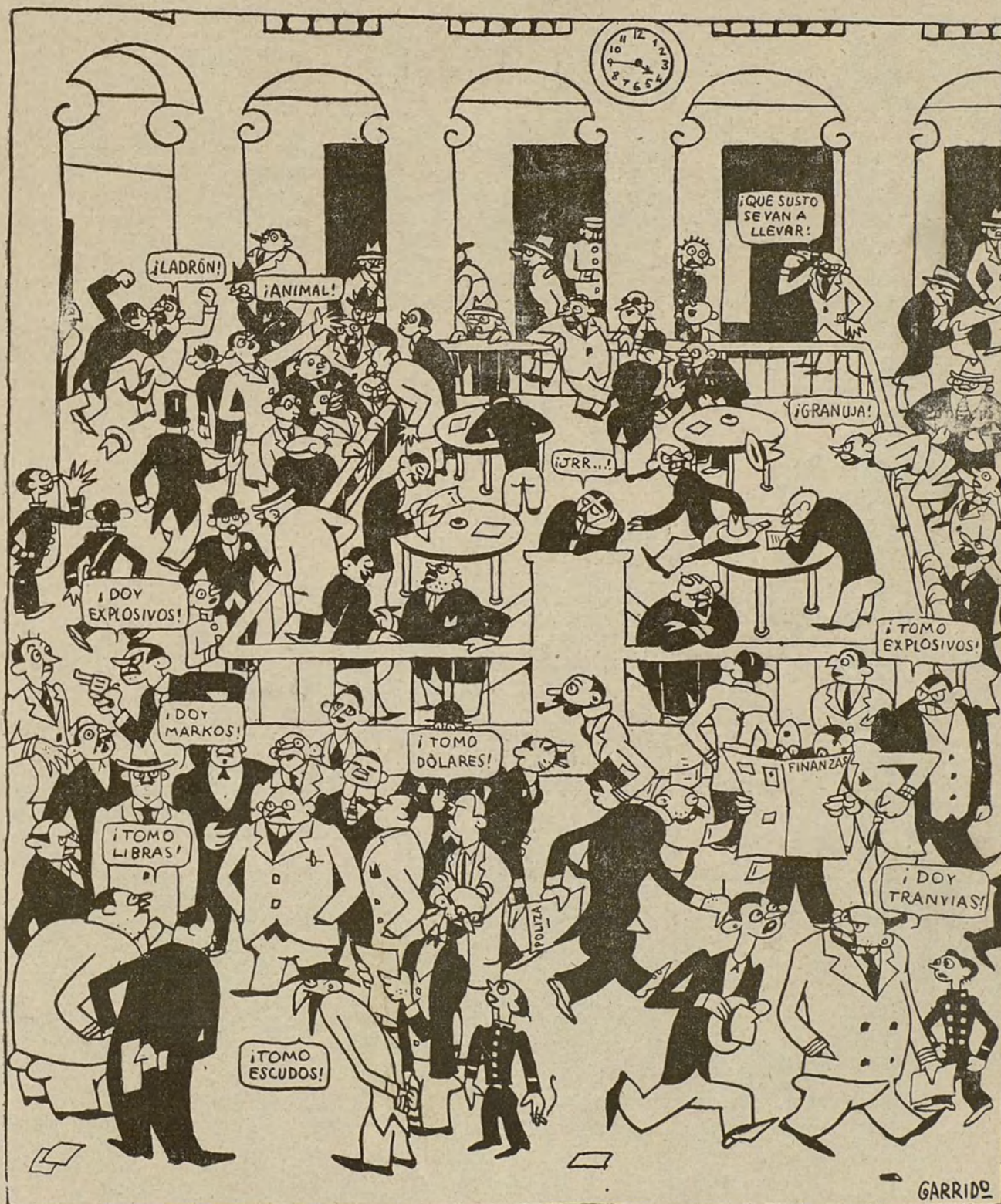


Dib. ROMBO.—Barcelona.

—¡Por usted iría yo al fin del mundo!

—Para qué tan lejos, Jolin. Si aquí cerca tenemos registro civil, sacerdote, Iglesia...

—Sí...; pero es que allí no hay nada de eso.



Dib. GARRIDO.—Madrid.

El bolsista.—¡¡Doy tranvías!!...

El otro.—¡Ah, sí?... ¡Pues hágame el favor de un 51, que estoy citado a las cuatro en la Guindalera!

LA INUTILIDAD

Ernesto Suárez se quedó huérfano de padre y madre cuando apenas había cumplido los cuarenta y tres años.

Hijo de un empleado que durante toda su vida sostuvo decorosamente, con su sueldo, el esplendor de la familia, Ernesto Suárez, al morir sus progenitores, se encontró con que carecía de los más elementales medios con que subvenir a sus necesidades. Educado en un ambiente de comodidad, de mimo y de bienestar, sus padres no habíanse preocupado ni por un instante de procurarle un porvenir. No tenía oficio ni beneficio; carecía de aptitud y de desvergüenza para vivir a costa del prójimo, y por no servir ya para nada, ni siquiera había servido para casarse con una mujer rica.

Total: Que Ernesto Suárez era lo que se llama una verdadera calamidad y que para él el porvenir presentábase de una inquietante negrura.

Durante los tres o cuatro meses que sucedieron a la muerte de sus progenitores, Ernesto Suárez consiguió ir viviendo a costa de la venta de los muebles de su casa. Hoy pignoraba el trinchero del comedor, pignoración que le permitía comer caliente durante un par de semanas a lo sumo; ma-

ñana el espejo grande de la sala, pasado el linoleum del pasillo y al otro los utensilios de cocina. Poco a poco se fué desprendiendo de todo lo que encerraba la casa paterna. Desaparecieron los retratos, las sillas, las mesillas de noche, la artesa, el armario de luna y todo aquello que representara algún valor o de lo que pudiera sacarse la más mínima cantidad.

Hasta que, al fin, como es lógico, llegó un día en que ya no quedó nada pignorable.

Entonces, Ernesto Suárez pensó en su porvenir.

—No va a haber más remedio que dedicarse a algo—dijo—. Desde hoy procuraré enterarme de todas las oportunidades que hay para trabajar.

Ernesto Suárez dedicóse a comprar todos los diarios para ávidamente leer las secciones de anuncios. Pretendió el cargo de ordenanza de una oficina de seguros, el de mozo de comedor de una casa aristocrática, el de monosabio en la plaza de toros, el de ca-

marero en un restaurant de moda, el de chófer, el de comisionista y el de agente de publicidad. Pero no consiguió ninguno.

Personas de más aptitud, más activas o más recomendadas que él, acaparaban todos los cargos en que Ernesto Suárez pudiera ganarse el sustento. Ya era cosa sabida; cuando inmediatamente después de haber leído alguna oferta de trabajo, acudía a solicitarla, recibíanle siempre con el mismo estribillo:

—Imposible; ahora mismo acabamos de admitir a un individuo. Si llega usted cinco minutos antes, se encontrará con él. De todos modos, si usted quiere... puede dejarnos sus señas.

Hasta que al fin, no sé de qué modo, Ernesto Suárez logró enterarse de que próximamente iban a vacar unas plazas de serenos. Se enteró de todos los requisitos necesarios para optar a ellas, y, una vez que estuvieron cumplidos, solicitó una.

Y esperó.

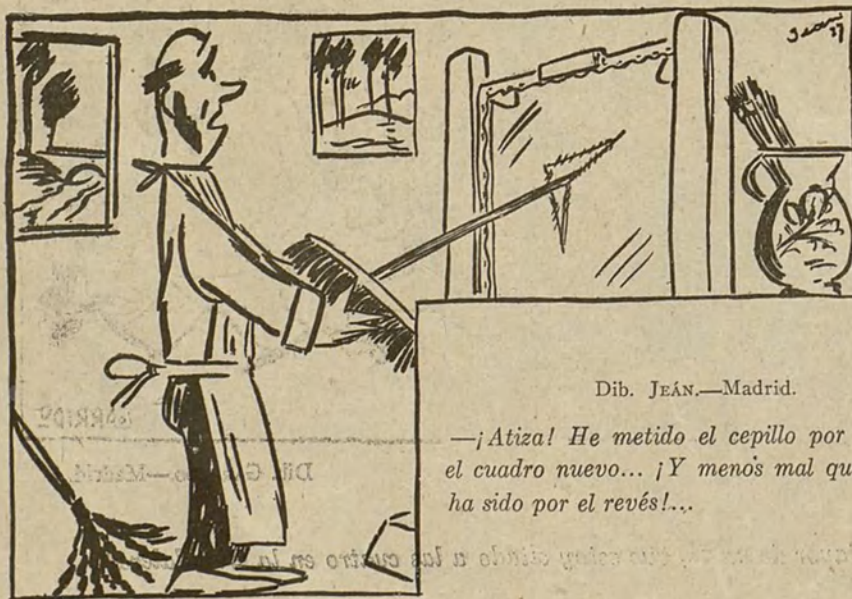
Fuese por milagro, fuese por casualidad o fuese, lo que es más probable, por la sencilla razón de que nada hizo por conseguirlo, de pronto, una mañana, al hojear el periódico, se encontró con la agradable sorpresa de ver su nombre entre la lista de los sujetos que habían sido admitidos para cubrir las citadas y vacantes plazas.

“Las personas aquí nombradas—decía aquella gaceta—deberán presentarse en la respectiva Tenencia de Alcaldía, a fin de ser sometidas al reconocimiento facultativo, tras de lo cual los que hayan sido deparados útiles, por no padecer enfermedad de ninguna clase, recibirán los nombramientos definitivos.”

Ernesto Suárez acudió el día señalado para el reconocimiento médico, y he aquí lo que es la fatalidad y la desgracia de los hombres: fué declarado inútil.

“Reconocido Ernesto Suárez—decía el informe de los galenos—, resulta no ser útil para desempeñar el cargo de sereno por padecer insomnios”.

ALBERTO Pulseras de pedida
7, CARRETAS, 7.



Dib. JEAN.—Madrid.

—¡Atiza! He metido el cepillo por el cuadro nuevo... ¡Y menós mal que ha sido por el revés!...

VALENTÍN HURTADO

La palabra de los hombres

El caso que voy a tener el alto honor de referirles a ustedes me aconteció, hace ya años, en uno de los "cabarets" que hay en Nueva York, cerca de la Quinta Avenida, según se tuerce a mano izquierda, y me ha hecho desconfiar para siempre del pundonor, de la caballerosidad y de la formalidad humanas.

Cito el sitio donde ocurrió, por-

que me temo que más de uno de ustedes, al acabar de leer esta historia, pensará que es mentira. Pues bien; yo juro con la mano encima de la bola de Gobernación, que todo lo que me sucedió aquella noche en el citado y neoyorquino "cabaret" es cierto. Serafino Regúlez, que me acompañaba y que presencié todo lo que voy a relataros, puede contradecirme; pe-

ro me supongo que no lo hará: tanto porque ha muerto hace seis meses, como porque era sordomudo de nacimiento.

Y vamos con el relato.

Aquella noche yo no sabía qué hacer ni adónde dirigirme, y cuando vi resaltar en la oscuridad el anuncio luminoso del "cabaret", penetré en él.



—Anda desde que tenía ocho meses.

—Pues debe estar ya cansadísimo.

Dib. VARÉ.—París.

He sido siempre un hombre amigo de la soledad, de la meditación y de la melancolía, y esto explica mi entrada en aquel sitio, ya que he opinado siempre que los "cabarets" y los conventos de trapenses son los lugares donde uno se distrae menos y donde, por consiguiente, puede dedicarse mejor que en ningún otro a reconfortar su espíritu con la meditación de las verdades de la "Sagrada Teología".

Entré, pues, en el "cabaret" y me dispuse a sentarme en una mesa. Fué

entonces cuando uno de los camareros se me acercó y me dijo:

—Caballero, esa mesa está reservada.

Pero como no le hice caso, insistió:

—Debo advertirle que a quien está reservada es a James Halls, el famoso campeón de boxeo de pesos fuertes. Debo advertirle también que James Halls puede matar a un hombre de un puñetazo. Tampoco me parece mal advertirle que está para llegar de un momento a otro y que

no le gusta encontrar a nadie en la mesa que tiene reservada. Le ruego, pues, que deje libre ese sitio aunque no se sea más que por evitar un día de luto al establecimiento.

—¡Pues no me muevo de aquí!— grité—. Ya pueden venir no uno, sino diez campeones.

El camarero se alejó moviendo la cabeza. Inmediatamente vino otro:

—Le rogamos nuevamente— repitió— abandone esa mesa...

Pero no pudo seguir.

—¡Déjeme en paz!— le dije—. He venido al "cabaret" y cuando se va al "cabaret" es para meditar y no para que le molesten a uno. ¡Me está usted distrayendo! ¡Márchese!

Se marchó, pero dos minutos más tarde vino "el maitre d'hotel".

—Caballero..., James Halls, está para llegar de un momento a otro... Le rogamos...

No le dejé hablar más.

—¡Ya estoy hartol!— grité—. ¿Que esta mesa está reservada? ¡Pues que lo esté!... ¡Yo no me muevo!

En aquel momento se abrió la puerta y James Halls hizo su aparición. Pesaba ciento cuarenta y dos kilos, medía dos metros de estatura, y desde el primer momento, se notaba que era un hombre que podría matar a un toro de un pellizco.

Se hizo un silencio de muerte, en medio del cual, James avanzó pausadamente hacia mí.

—¿Deja usted esa mesa libre o no?— me dijo.

—¡No!— contesté.

James Halls levantó su puño y tres horas más tarde me hacían la trepanación en una clínica de Boadway.

Esto me ha servido para no fiarme más de la palabra de nadie.

Porque si yo me atreví a provocar la cólera del boxeador fué por haber leído en el periódico, unas horas antes, que este famoso campeón, acababa de rechazar el contrato que le ofrecía un conocido empresario, por estimar que, dada su categoría, le era imposible dar puñetazos por menos de cuarenta mil dólares.

MANUEL LAZARO



Dib. OSCAR.—Madrid.

—Diga usted, capitán; aquella luz roja ¿es algún faro?

—No, señorita; es el farero que está fumándose un puro.



BAMBALINAS DIABLAS Y TRASTOS

SAN DON JUAN

No habíamos querido decir nada hasta no tener, acerca del caso, una comprobación definitiva; pero ya la tenemos y ya podemos hablar.

El día de todos los Santos se presentó en nuestra clínica...

Pero, sí; hay que advertirlo antes de nada: nosotros hemos decidido abrir al público una clínica —poli-clínica más bien, porque se ocupa de todo lo ocupable—y un laboratorio de Análisis psico-químico-patológicos.

Nosotros hemos decidido dedicarnos a la Medicina. En vista de que los médicos se han metido a literatos, los literatos y demás deben dedicarse a médicos.

No tenemos, ciertamente, el título de doctor en Medicina; pero tenemos, en cambio, el título de doctor en Filosofía; y aquí la que decimos: o los médicos dejan de tratar cuestiones filosóficas, puesto que no tienen el título, o nos dejan a nosotros recetar estricnina en polvo, aunque no seamos médicos.

Entretanto, y mientras los médicos "ejecutan" nuestros análisis filosóficos, nosotros vamos a ejecutar sus análisis de orina.

"Si nosotros pudiéramos conseguir —nos decíamos a nosotros mismos, en los últimos tiempos—; si nosotros pudiéramos conseguir un poquitito de

orina de Don Juan, ¡cómo se aclararía en el acto esta cuestión del donjuanismo!"...

Y hete aquí que el día de Todos los Santos nos entrega el criado una botella que al primer pronto supusimos de Jerez añejo, pues venía precintada, con telarañas y en una canastilla, y acompañada de una tarjeta.

En la tarjeta aparecía, entre comillas, un nombre escueto:

"DON JUAN"

y detrás—como siempre—una de mujeres inacabable. Doña Inés, Doña Elvira, Doña Margarita, señora de..., señora de..., señora de...; S. A., princesa altiva; Fulana, pescadora; Mengana, pescadera; Fulanita, doctora en Medicina; la Fulana, camarera.

Por eso la tarjeta era tan larga: porque no se acaba nunca la lista de señoras. Y es que en la lista, para colmo, no estaban solamente las señoras que Don Juan había podido incluir en las listas por derecho propio, sino muchas, muchas más, que habían solicitado el ingreso, y que, solicitado o no, podían ser consideradas—porque ese hubiera sido, fatalmente, su destino, de haberse hallado con Don Juan "manos a boca"—en "expectación de destino".

Con sólo pasar la vista, por encima y a la ligera, por las listas, pudimos ver varios nombres de señoras que andan metiéndose con Don Juan en las encuestas. Esas que andan diciéndole pestes desdeñosas del personaje legendario y asegurando que es un conquistador de mujeres de medio pelo. Como si eso del medio pelo no fuera cosa corriente....

Miramos la etiqueta de la botella y nos encontramos con que decía: "Para analizar".

—¡No era Jerez!



—¿Por qué hirió usted a su amigo el sábado por la tarde?

—Porque no le encontré el sábado por la mañana.

Dib. DESMARVIL
Madrid.

—¿Quién ha traído esto?—preguntamos.

—Un fraile.

—¿Cómo un fraile?

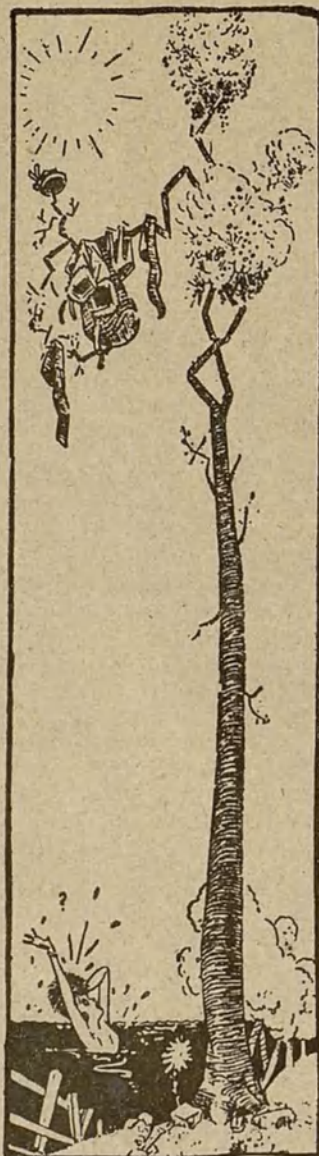
—Un fraile, sí, señor. Ahí está esperando.

Salimos. Un fraile, efectivamente, nos saludó y nos dijo:

—Soy Don Juan, doctor. Vengo para que usted me conozca y me examinen, a placer, en unión con los médicos de verdad—que son los de mentirijillas—, todas las secreciones que les plazca; las externas, las internas y las medio pensionistas.

Llevo una temporada de oír una de cosas acerca de mi persona, que estoy, créame usted, hasta las dos coronillas, la mía y la de tonsura. Un día es el bueno de Don Luis, que quiere suplantarme. ¡A buena hora! Otro día es un hijo mío, que al decir de una señora, tuve con ella hace unos años... No sé: no tengo idea; no me acuerdo y no sé qué: a lo mejor lo dice esa señora para darse tono... Luego me han cogido los doctores por su cuenta, y andan mirándome la lengua. ¡Creen que es cuestión de lengua, cuando es cuestión de labia!... El doctor Marañón tuvo la humorada, como todos ustedes saben, de colgarme el sambenito de afeminado... Que las once mil vírgenes—¡bendito sea Dios!—me perdonen... Y no me refiero a las once mil de la Gloria, sino a las otras once mil—vírgenes locas... por mí—que están en la actualidad en el Purgatorio por mi causa... Pero eso era lo de menos. Lo peor ha sido que el Sr. Salaverría, el pintor, me ha puesto de oro y azul, retratándome en un cuadro donde... ¡vamos!... interpreta—según dicen—pictóricamente la interpretación de Marañón. No sé, doctor, no sé... Si aquello es alguna secreción externa convertida en cuadro, entonces no digo nada; pero si aquel tenor, con mallas de vaselina, capilla de raso, continente de sarasa y cara de tonto perdido, sea mi retrato, ¡la verdad!, eso ya no puedo consentirlo; no sea que vayan a creer las edades venideras que son también hijos míos una porción de señoritos, más o menos metidos en chanchullos feos, que andan sueltos—y lamiéndose—por esos mundos del diablo.

No soy yo ése, ni el otro, ni el otro, ni el otro... Sométanme ustedes al análisis; ábranme ustedes la vértebra, la taba, el occipucio, el equinoccio, el epigastrio, el colon, el transversal, el epícono y el duodeno; el piloro y el epílogo; la cuarta dimensión, la raíz cúbica, el tiroides y el coloides; el taxis



—Pues sí, señor...: en las selvas del Brasil crecen los árboles tan rápidamente... que a la vista está lo que sucedió a una bañista.

De Judge.—Nueva York.

y el coxis; el espinazo y la raspa. Sométanme al microscopio y a los rayos X; escudriñenme la pilosis, la insulina, la tráquea, la epifanía, las cápsulas del Este y del Oeste, la tercera circunvolución y hasta la Quinta Avenida. Hagan lo que gusten; pero que sea conmigo, por Dios. No cojan a un Juan Pérez y se figuren que es Don Juan, cuando no pasa de Juanete.

Por eso vengo, doctor. Para que haga usted de mi persona—o más bien de mi personaje; porque yo soy un personaje, no lo olvide—lo que quiera.”

Nosotros, en vista de eso, metimos

en una retorta un estornudo de Dcn Juan; centrifugamos el Jerez de la botella; sometimos a varios reactivos la sal sosa del donjuanismo pictórico del Sr. Salaverría; aplicamos, por supuesto, a la sangre donjuanista la reacción recomendada por los doctores: reacción Wassermann (pronúnciese Guaserman; guaserman pura), y al cabo de tres horas de pinchar, rajar, machacar, circunvoluir y Roemgtengeser, aplicamos el ojo al microscopio y al teleobjetivo.

¿Qué vimos? No quedaba más que un órgano de Don Juan: el Gran Simpático. Y éste quedaba porque era un órgano inmortal. Los demás órganos, mortales, se habían reducido a cenizas. Apenas si, entre las cenizas, pudo encontrarse un organillo. Al son del organillo, pasó... Era su sombra, nada más; y vestido de fraile; con los ojos bajos... Pero sólo de pasar las mujeres se estremecieron, y alguna, con las lágrimas en los ojos y encendidas de rosa las mejillas, exclamaron con arrobo: “Ese sí que era un hombre!... ¡Era el amo!...”

Le dijimos al fraile el resultado de nuestras investigaciones, y él sonrió tristemente:

—¿Lo ve usted?—nos dijo—. ¿Lo ve? Ese es el grito del mundo cuando el Don Juan de veras pasa.

—¿El grito del mundo?—le dijimos—. ¿No será el grito de la mitad del mundo: del demimonde?

—Del demimonde, no; de la mitad del mundo, sí: la mitad de la mujer me sigue siempre. La mitad del hombre, me envidia.

—¿Y la otra mitad?

—La otra mitad, lo mismo en el hombre que en la mujer, una de dos: o dormita y no se entera, o me sigue también y se convierten.

—Es verdad que usted es monje ahora.

—¿Ahora? ¿Y cuándo no? ¿Por qué olvidan ustedes que yo me convertí?... ¿Por qué me convertí?... ¿Será también porque fui un afeminado?... Mire.

Al decir esta última palabra señaló en su tarjeta la palabra “Don Juan” entre comillas.

—Note usted que estoy entre Comillas. El marqués comprendió que era cosa de difundir trasatlánticamente este detalle importantísimo que casi todos olvidan. Dios bendiga a todos.

Y les dió la bendición y se marchó, no sin exclamar:

—Perdónalos, Señor, porque no saben lo que se hacen.—MANUEL ABRIL.



DEL BUEN HUMOR AJENO



CUENTOS JUDIOS, por Raymond Geiger

—Samuel es un hombre de suerte —dice Block—, figuraos que perdió a su padre, a su madre y a su hermano, el mismo día. Murieron en una catástrofe ferroviaria.

—¿Y en dónde está la suerte?

—¡Hombre! ¡En que como murieron a la vez no tuvo que encargarse en el periódico más que una esquela de defunción! ¡Menudo ahorro!

Isaac, que acaba de convertirse al catolicismo, acude por vez primera, acompañado de su amigo Sivy, a oír un sermón de cuaresma.

Apenas el predicador ha subido al púlpito, empieza su oración con estas palabras: "Queridos hermanos en Nuestro Señor: os ruego que me prestéis atención"...

—¡Vámonos!—dice Isaac.

—¿Pero tan pronto?—pregunta Livy.

—Sí, esto va a acabar mal. El cura no ha hecho más que empezar y ya ha comenzado a pedir cosas pres-tadas.

Kohán tiene que tomar diariamente el tranvía para dirigirse a su oficina, y para ahorrarse el precio del trayecto, suele recurrir muy frecuentemente a, cuando llega el cobrador, decir que tiene pase.

Hasta que un día, éste que ya está bastante escamado, le pide que se lo enseñe. Kohán alega que lo ha dejado olvidado en su casa.

—Lo lamento mucho—dice el cobrador—; pero entonces tiene usted que pagar el billete.

—¿Cómo billete?—exclama indignado Kohán—. ¿No me conoce usted? ¡Mi billete es mi caral!

—Perfectamente—responde el cobrador—. Tengo orden de taladrar todos los billetes.

Bloch, que está cerca de la frontera, se encuentra con su amigo Abra-

ham, que lleva unas camisas de seda muy buenas.

—¿A cuánto te han costado?—le pregunta.

—Muy baratas—responde éste—, porque las acabo de pasar gratuitamente por la Aduana.

—¿Y cómo te las has arreglado?

—Muy sencillo: poniéndomelas unas encima de otras.

—Oye: ¿y a mí no me podías pasar así seis pares de botas?

Mardoqueo ha muerto hace un momento, no sin ordenar en su testamento que se le haga un buen entierro y que se le lleve al cementerio en una carroza arrastrada por ocho caballos.

Sus hijos comentan esta disposición ante el cadáver de su padre.

—Pues yo creo—dice el mayor—, que si en vez de ocho caballos, pudiéramos seis, papá no había de enfadarse.

—Mi opinión—dice el segundo—es que no pongamos más que cuatro caballos.

—Pues a mí—dice el tercero—, como todo eso de los entierros lujosos me parece una vanidad, creo que debemos de poner dos solamente.

—Yo opino—dice el cuarto—que... Pero en este momento, el cadáver de Mardoqueo se levanta del ataúd, con intención de marcharse hacia el cementerio y les dice a sus hijos.

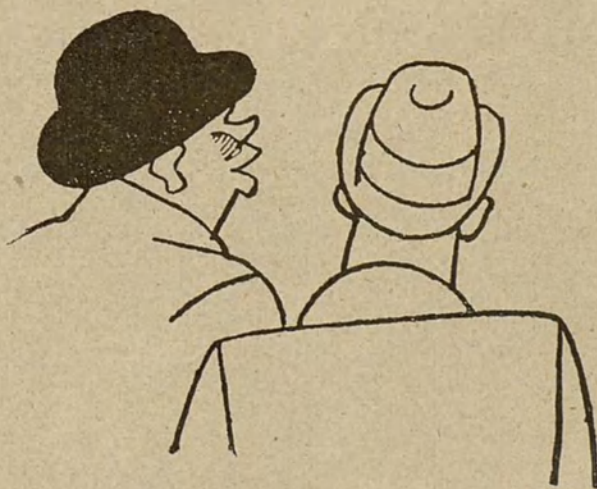
—No discutáis más..., ¡que ya me voy andando!...

Samuel e Isaac están al pie de las inmensas cataratas del Niágara. Samuel dice a Isaac:

—Me han asegurado que echando una moneda de diez céntimos a las cataratas le protege a uno la Suerte. ¿Quieres que la echemos?

—Bueno... ¿Tienes ahí un braman-te?

R. C. R.



DE MAL EN PEOR

—Mi mujer es insoportable. Cuando está de mal humor, grita y llora.

—Bien; pero cuando no lo está...

—Entonces, amigo mío, ¡canta y toca el piano!



EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente supón y con la firma del remitente: al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes".

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los Premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

Una gitana entra, acompañada de su "cañi", en una Administración de Loterías; pide un décimo de tres pesetas y pregunta al lotero cuánto le corresponde en el premio gordo.

El lotero le responde que dos mil duros.

El "cañi", que no había hablado una palabra desde que entró, dice:

—Dígame, buen hombre: ¿nos podría osté dá los dos mil duros, que ahora le traeremos las tres pesetas?

López Camacho.—Puerto de Santa María.

SEÑORAS SOMBREROS

Bonitos modelos fieltro desde 15 pesetas

LA HORRA Fuencarral, 26, etl.º
Visite la exposición

Un médico y un veterinario marchan por una carretera, el veterinario sobre un jumento y el médico a su lado y a pie. Este, por embromar al veterinario, le dice:

—Dime con quién andas y te diré quién eres.

Y el veterinario contesta:

—Lo mismo digo. Porque fijate que tú andas con el burro, y yo voy montado en él.

Luis Cacho.

Un baturro llega a la estación del Norte a las siete de la mañana y pide en la taquilla un billete para Zaragoza.

—Eso, al Mediodía—le contestan.

El hombre se sienta cachazudamente, y al dar las doce se dirige de nuevo a la taquilla.

—Un billete pá Zaragoza.

—Eso, al Mediodía, amigo.

—¡Ridíez! ¡Pus al mediodía lo pido! ¿No acaban de dar las doce?

U.º de Canfranc.

El premio del número anterior, ha correspondido al siguiente chiste:

¿Cuáles son los hombres que no se terminan de criar nunca?

Los curas, porque siempre tienen ama y nunca les ponen de corto.

F. Temiño.



Fíjese, señora: los huevos son fresquísimos. Se oye el cacareo de las gallinas en este momento.

De The Passing Show.

—¿En qué se parecen un carpintero y un borracho?

—En que los dos andan con tablones.

R. Rozas.—Llanes.

—¿En qué se diferencia un elefante de una pulga?

—En que un elefante puede tener muchas pulgas, pero una pulga no puede tener muchos elefantes.

F. Peña.—Zaragoza.

En una sesión de una sociedad, cuyos miembros están divididos en dos bandos, se arma una trifulca formidable y, en lo más estentóreo de la discusión, uno de los socios increpa a otro:

—¿Es usted el bestia más

RON BACARDI

grande que he visto en mi vida!

—¡Orden, orden!—grita el presidente.—¡Y usted, caballero, parece que ha olvidado que estoy yo presente!

Benigno Pita.—Ferrol.

El colmo de un criminal:

Levantar la tapa de los sesos a la cabeza de un alfiler.

L. G. A.—Zoco Arbaá.

Entre empleados de poco sueldo.

—¿Cuáles son tus principios?

—Encontrar medios.

—¿Qué medios?

—Los medios de llegar al fin.

—¿A qué fin?

—A fin de mes.

Juan Eguiguren.—Madrid.

En una almoneda.

—¿Cuánto vale esta cómoda?

—Doscientas pesetas, y cuarenta del porte.

—El porte me parece caro.

—No, señor, porque hay que llevarla en un taxi.

—¡Caray! ¿Por qué?
—Pues porque es cómoda.
Jazare.—Jerez de la Frontera.

—¿En qué se parece un pa-
raguas a una pluma de escribir?
—En que para utilizarse se
deben mojar.

Malvaloca.—Cuenca.

La criada.—¡Señorito, que ya
son las ocho!

El señorito.—Bueno, atrasa el
reloj que voy a dormir otro
poco.

Uno que no se ríe.—Madrid.

La asistenta modelo.

—¿Por qué no vino usted
ayer a lavar?

—Tuve un poco malo el es-
tómago.

—¿Y por eso no podía tra-
bajar?

—Trabajar sí, pero comer no.
Sandokan.—Barcelona.

Entre dos cabos de infantería:
—¿Qué haría yo para ascen-
der pronto?

—Hazte de aviación, y ascien-
des volando.

Salustiano Ponce.—Vigo.

Un pollo se declara a una
señorita en pleno paseo de la
Castellana y en ocasión en que
cae un chaparrón enorme.

—Sí, Pilarcita: mi amor es
incommensurable, es brutalísimo,
es desbordantísimo, es...

—Pepito; por favor, termine,
que ya estoy empapada.

Manuel Salgado.—Madrid.

—¿En qué se parece un sub-
ordinado desobediente y arre-
pentido a las películas autográ-
ficas Kodak?

—En que el subordinado, des-
pués de rebelarse, se fija en lo
que ha hecho y le pesa, y las
películas se revelan y se fijan
también.

Manuel F. Valliciergo.—Reinosa.

Examen de Derecho penal:
—¿Cómo se llama el delito
de matar a un niño?

—Infanticidio.

—¿Y el de matar a un adulto?

—¡¡Adulterio!!...

Hércules.—Henguera.

Entre amigos:

—¿Está Paco muy enfadado
conmigo?

—¡Mucho! ¡Ayer habló de ti
durante hora y media y no te
designó por tu nombre ni una
sola vez!

Benjamín López.—Madrid.

Dos amigos hablan de un cé-
lebre escritor recientemente fa-
llecido.

—¡Lo que más me admira es
su obra póstuma!

—Oye: ¿qué quiere decir pós-
tuma?

—Pues... ¡la que escribió
después de muerto!

Fernando Salvo.—La Coruña.

Decía un médico a la mujer
de un enfermo:

—Señora, es un caso desespe-
rado. Fijese usted en el color
de las manos. Las tiene ya mo-
radas.

—Pero advierta usted, doc-
tor, que mi marido es tintorero.

—¡Pues de buena se ha libra-
do! ¡Si no llega a ser tintorero
no había remedio para él!

J. Martínez Conde.

Entre amigos:

—Yo me acuesto entre once y
doce.

—¿Y cómo cabéis tantos en
la cama?

Vicente de Castro.—Puente
Vallecas.

En la calle:

—¿Adónde vas tan de prisa
y tan furioso?

—Voy en busca de mi perro,
que se me ha escapado de casa.
¡Y te juro que como no lo en-
cuentre, lo mato!

Luysín.—Estación de Baeza.

—Don Luis: ¿tiene usted
veinticinco pesetas?

—Aquí precisamente, no.

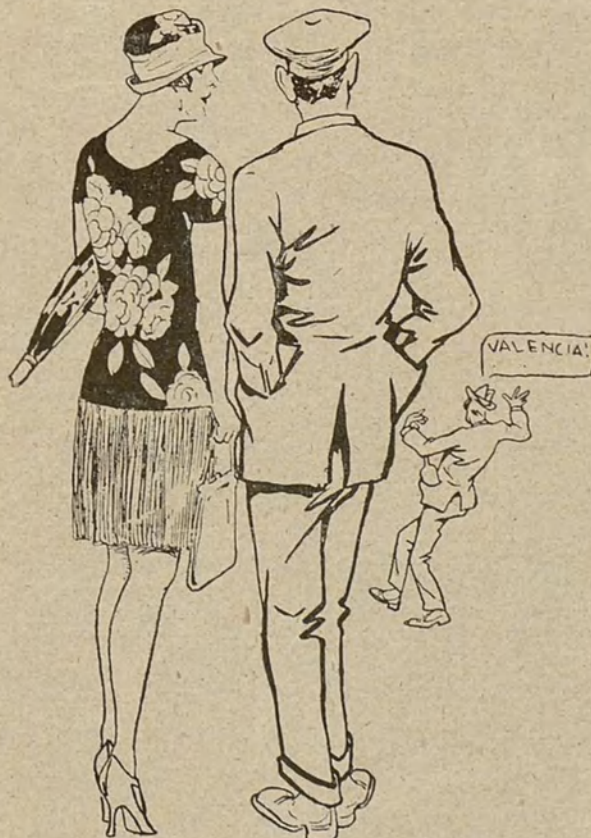
—¿Y en su casa?

—Todos bien, gracias a Dios.
Carlos de León.

Baturrada.

Entra un matraco en un es-
tanco, y con mucha fineza, dice
a la estancuera:

—Oiga usted, tía güena: ¿me
quiere usted hacer el favor de da-
me una cajetilla de veinte?



—Aquél es un redactor de un periódico hu-
morístico.

—Sí; bien se ve que es un hombre con es-
píritu.

De Pasquino.

El matraco recoge la cajetilla
y se larga sin dar el dinero.

—¡Eh, amigo!—dice la estan-
quera.—¿Y los veinte céntimos?

—¡Otra que ridiós!... Si tu-
viá dinero, ¿cree usted que se la
hubiá pidío por favor?...

Harold-Ito.—Melilla.

—¿Cuál es el colmo de un
preso?

—¿...?

—¡Escaparse!

Miguel Dóriga Gayé.
Santander.

—¿Qué es una cosa que em-
pieza por P y abunda mucho en
las cervecerías?

—El pelmazo.

Pedro Margarit.—Constantina

—Fíjate qué retrato me han
hecho montado en un burro.
¿Estoy bien?

—¿Cuál de los dos eres tú?

Flor de Loto.—Logroño.

—¿Conque tú y tu hermano
sois los primeros de la escuela?

—Sí, señor.

—Ya sabrás tanto como el
maestro.

—Yo sólo, no, señor. Entre
mi hermano y yo, más.

Agustín Escobés.—Zaragoza.

—¿Y por qué, sabiendo quién
es, no denuncias al que te ha
robado el automóvil?

—Porque estoy esperando a
que lo pinte.

Antonio S. García.

—Mi hija será riquísima cuan-
do herede a su tío.

—¿Y qué es su tío?

—Pide limosna en las Cala-
travas.

Resure.—Madrid.

Entre estudiantes:

—Voy a matricular a mi pe-
rro.

—¿Estudia para policía?

—No, hombre; es para que
no me lo cojan los laceros.

R. Ligsérof.—Guadalajara.

Niñería.

—Mamá: ¿qué clase de pá-
jaro fué Colón?

—¡Pero, hijo mío, si no fué
un pájaro; fué un hombre!

—Entonces, ¿por qué habla
tanto la gente del huevo de
Colón?

V. González.—Puerto de
Santa María.

CORRESPONDENCIA

mu y particular

Julio. Madrid.—Usted será un buen muchacho, cosa que yo no le niego; pero eso es un mamarracho, y el que no lo vea, es ciego.

Moreno. Jaén.—Su abracadabrante poema *La halaja empenada*, con su modernísima ortografía y con el asombroso grabado que le sirve de ilustración, han pasado a mejor vida.

A. de M. Granada.—No podemos tomar en serio su cuento. ¡Ah, si lo tomásemos así, tendríamos con usted un disgusto gordo y rollizo!... Pero, tranquilícese. Nos limitamos a sonreírnos ligeramente y a lamentar el tiempo perdido (perdido por usted y por nosotros: por usted, en la comisión del delito; y por nosotros, en el examen de los autos). Ahora bien, como nos gusta ser corteses, le besamos la mano, pero la izquierda que es la que no ha escrito el cuento.

R. M. L. Alicante.—Alicantino compañero: ¡qué poca mojama va usted a adquirir en el mercado con el dinero que le produzca la literatura!

Benjamincete. Madrid.—No nos place su trabajo titulado *Ella y yo*. Pero para que le sirva de consuelo, le diremos que el titulado *El juez de guardia* nos place menos todavía.

G. M. T. Albacete.—Conocíamos el cuento que nos envía desde la remota y risueña fecha en que nos pusieron de largo. ¡Y qué tiempos aquéllos en que la gente se partía la tabla del pecho, de la risa que le daban esas cosas!...

J. J. V. Zaragoza.—Eso es demasiado baturro, querido mafío!... Nuestros adorados lectores de Guipúzcoa, Portugal y San Feliú de Guixols no entenderían ni una palabra, y esto le perjudicaría a usted mucho.

J. L. S. Cáceres.—Su artículo titulado *Trampa intolerable*, no está en condiciones. Deploramos que se haya usted molestado

en hacer *Trampa*, para que después le salga mal el juego, pero no podemos hacer otra cosa que deplorarlo.

B. L. R. Madrid.—¡Se han empeñado ustedes, catorce mil y pico de espontáneos, en hablar de radiotelefonía, y nosotros hemos dado a entender catorce mil y tantas veces que nos disgusta que pierdan ustedes el tiempo miserablemente; y aunque lo pierdan espléndidamente, también nos disgusta, porque es que lo pierden irremisiblemente! ¡Lo decimos francamente!

Darío. Valencia.—Desgraciadísimo compañero... de los espontáneos que van al cesto sin que les valga la intercesión divina: sus artículos *Sir Thomas*, *El beso*, *Arroyo claro*, *Soviet doméstico* y *Las ligas* (que son cinco) han tenido todos la misma horrible desgracia de despenarse en la papelera. ¡Es usted un héroe! ¡Vengan esos cinco! ¡Es decir, que no vuelvan esos cinco, y venga esa mano!

B. G. E. San Sebastián.—Esos dibujos nos huelen a cal-

cados... Y los chistes nos huelen a lo mismo... ¡Vamos, que nos huele todo muy mal!

V. Z. Madrid.—Aceptado su envío. Es gracioso, sí, señor. Tome usted lo que quiera (por su cuenta).

Balbino. Madrid.

Querido y noble Balbino: eso es la mar de cochino.

Abel y Caín. Huelva.

Con su permiso (y sin él) eso de *La emigración* es un montón de papel con ribetes de latón.

Acabóse. Vigo.—Lo de Acabóse recibióse Y aceptóse. Y publicárase. Y Pagaráse.

D. J. P. Madrid.—Es más corto y menos sustancioso que un chorizo de a cero treinta y cinco.

L. R. P. Murcia.

Con toda mi alma lo siento y lloro con amargura, pero es tan malo su cuento que no tiene compostura.

E. O. Madrid.—¡Haga usted el favor de irse a la populosa y frecuentada porra!

T. M. J. Madrid.—Su artículo es más extenso que el Desierto de Sahara, y todavía con menos *sombra* que el mismo. No es negocio.

Villena. Madrid.—¿Con que usted pretende nada menos que demos sus cuartillas a la imprenta en seguida?... Y, diga usted, ¿qué infamia nos ha hecho la imprenta para que usted crea que la debemos dar *eso*, que es una cosa así como darla siete tiros?...

C. T. J. Madrid.—Tiene usted menos agilidad mental que una sanguijuela, menos gracia que un ojo de gallo y peor ortografía que una mecanógrafa aficionada al charleston.

D. C. de D. Málaga.

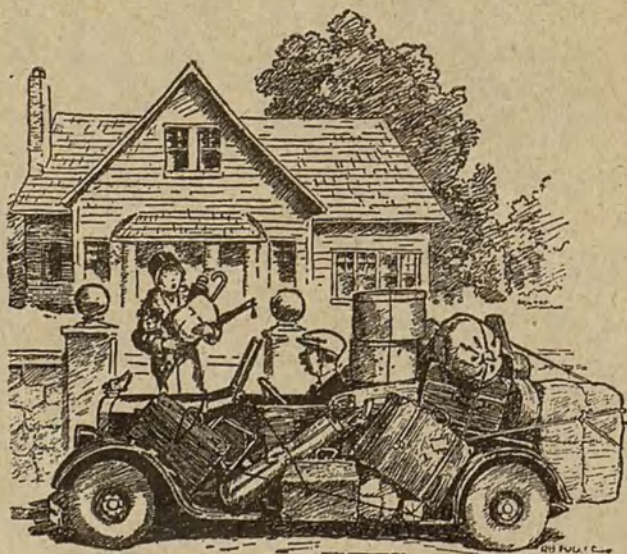
Ese cuento es deplorable y por tanto inaceptable.

Por tanto, y por tonto, para qué nos vamos a andar con tonterías de cumplimientos galantes.

Pobre porfiado.—Perdone, hermano, pero no llevo suelto ni un perro... ¡Y ojalá lo llevase, porque es seguro que se lo achuchaba a usted para que le mordiese fuertemente, por lo menos en una posadera!

E. C. M. Barcelona.—¿De manera que usted, a más de ser un lamentable escritor, es padre de cinco hijos?... Créanos que esto último nos ha conmovido de verdad, sobre todo cuando usted nos suplicaba un poco de conmiseración... ¡En efecto, pobres criaturitas!...

J. P. C. Madrid.—¿Con que *A B C* tira más ejemplares que nosotros?... ¡Vaya una noticia!... ¡También usted tira más coques que el caballo de Espartero y no se nos había ocurrido decirlo, a pesar del daño que nos han hecho en diversas ocasiones!...



Juan.—Lo que deseo saber, Emma, es si vamos de excursión o estamos haciendo la mudanza.



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



—¿Has visto el cartelito, ninchi? Ayuntamiento de Madrid
—No me hables. ¡¡Quién pudiera decir lo mismo!!...

Dib. CASERO.—Madrid.